

*Adolfo Prieto*

LOS VIAJEROS INGLESES Y LA  
EMERGENCIA DE LA LITERATURA  
ARGENTINA  
1820-1850

**1. Viajeros ingleses al Río de la Plata**  
(fragmento)

Entre los viajeros ingleses que transitaron diversas regiones del territorio argentino entre 1820 y 1835 aproximadamente, catorce de ellos, por lo menos, escribieron y publicaron sus relaciones de esta experiencia.<sup>1</sup> Esta relativa concentración de una práctica nunca desertada a lo largo del siglo tiene que ver, en primer término, con la atracción que la explotación de las minas de oro y plata de la región andina pareció ejercer sobre inversores ingleses. Esta atracción alcanzó su punto culminante y su rápido declive en 1825, con la fiebre especulativa generada por esas inversiones y sus efectos negativos en la Bolsa de Valores de Londres. Otros intereses comerciales acompañaron o siguieron al inicialmente predominante de la explotación de minas, y a estos intereses se agregaron algunos directamente vinculados al reconocimiento político-geográfico del globo, incesantemente promovido y ejecutado por oficiales de la marina real inglesa.

Estas circunstancias, desde luego, contribuyeron a caracterizar la índole de los textos derivados de esa experiencia, a marcar, más allá de las obvias diferencias, la tendencia compartida por aquéllos de proponerse como agentes transmisores de una masiva información sobre una particular región del planeta. Pero estas mismas circunstancias, si se establecen las debidas conexiones con las coordenadas históricas y culturales específicas, contribuyen también a la conveniente percepción de los modos con que esos textos vehiculizan la información ofrecida; a la percepción de estrategias expresivas movilizadas y orientadas desde determinantes expectativas de lectura.

Si se admite que a partir de los años de publicación de *Personal Narrative*, aunque no exclusivamente vinculada a los efectos de esta

publicación, se produce una modificación en el acto de lectura reservado tradicionalmente a la literatura de viajes, puede presumirse, entonces, que algunos o los más de los informes y memorias dejados por los viajeros ingleses que visitaron la Argentina desde 1820 hasta mediados de la década siguiente debieron de redactarse ya, francamente, en función de una audiencia metropolitana adiestrada en la gustación y en la sanción de esos nuevos cánones de lectura. Todavía en lo que podría denominarse vertiente tradicional de la literatura de viajes, si se acepta el meridiano divisor representado por los escritos de Humboldt, se sitúan las memorias de John Miers, *Travels in Chile and La Plata* (Londres, 1826). Miers, un experto en minas, inició en Buenos Aires en 1819 un viaje de reconocimiento cuyo destino final, Chile, implicaba el recorrido de la extensa llanura que separa el puerto de arribo de la cordillera de los Andes. La perspectiva desde la que Miers organizará y representará posteriormente sus materiales no es demasiado diferente de la que había utilizado, por ejemplo, Carrió de la Vandra, en *Lazarillo de ciegos caminantes*, en la segunda mitad del siglo XVIII, y notoriamente similar a la empleada por Azara en su *Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata*, concluida en 1810.

El objetivo declarado de su viaje era el de evaluar las posibilidades de explotación minera en Chile, y aunque en función de ese objetivo el recorrido por territorio argentino carecía de interés específico, el viajero anota las circunstancias de ese tránsito, y al hacerlo acude efectivamente a un registro de selección y de evaluación presidido por la idea del viaje utilitario. Así, será riguroso en la medición de las distancias recorridas; anotará el precio de los carruajes y las condiciones de salubridad de las postas: opinará sobre la calidad de las tierras y de los animales observados. Describirá la variedad de los árboles frutales descubiertos en el camino, con parsimonia. Con desabrimiento a los individuos y a las agrupaciones sociales: de los gauchos destacará la falta de hábitos de higiene; de los indios, en dos extensas descripciones, dirá que son crueles, depredadores, violentos.

La instancia narrativa, implícita en la voz de un relator que recompone un tipo de acontecer pautado por secuencias cronológicas, rara vez excede la anotación del movimiento físico del viaje, ni se distrae en la incorporación de hechos o de anécdotas irrelevantes para la ilustración de un viajero futuro. No tiene ojos para el nuevo paisaje, o para decirlo con mayor justicia, no logra percibirlo sino a través de imágenes destituidas de toda presunción estética, o excepcionalmente, de imágenes demoradamente provistas, todavía, del gusto europeo convencional de una o dos generaciones anteriores.

Para Miers, la pampa tiene la apariencia de una "interminable pista de bowling".<sup>2</sup> Sólo al llegar a la provincia de Córdoba, encontrará en las localidades de Achiras y Portezuelo cristalizaciones de paisaje dignas de atención. Dice de Portezuelo:

el verdor y la lujuria del follaje, contrastados con la desnudez de las masas de roca, la pobreza de las chozas y la miserable apariencia de los habitantes de este bellamente protegido lugar, daba al conjunto un aire de lo romántico. La vista, en general, es muy placentera, especialmente para un viajero que ha transitado cientos de millas por un país que no ofrece otra cosa que una ilimitada llanura vacía de paisaje, en donde no pueden verse ni colinas, ni rocas ni árboles.<sup>3</sup>

De los Andes, cuya laboriosa travesía le permite recoger innumerables datos sobre la geología, la flora, la fauna, el clima, dirá que es un escenario en el que la naturaleza presenta los objetos con demasiada proximidad para ser agradables, y en una escala demasiado grande para acomodarse a su imaginación; un sitio en donde buscará en vano la variedad de líneas, las hermosas perspectivas, las vistas pintorescas que convocan a la admiración en los Alpes europeos: “esas placenteras asociaciones de lo romántico y lo bello”.<sup>4</sup> Donde, otra vez, el uso del término *romántico* remite a un código de apreciación del paisaje que se resiste a incorporar, todavía, la imagen de la desmesura americana.<sup>5</sup>

Es difícil precisar si Alexander Caldcleugh emprendió su viaje a Brasil, la Argentina y Chile por cuenta del gobierno inglés o de particulares interesados en conocer tanto la situación política como las fuentes de recursos naturales y las perspectivas de inversión en estos países. En todo caso, *Travels in South America, During the Years 1819-20-21*, publicado en Londres en 1825, busca presentar a estos países como potenciales mercados de consumo y centros de inversión. Desde esta perspectiva, el informe de Caldcleugh sobre la Argentina recoge datos de un espectro tan amplio como la historia reciente, las formas de gobierno, los sistemas de rentas, las vías de comunicación y las riquezas naturales. Datos a los que agrega especulaciones de diverso calibre, que van desde las ventajas de construir una flota de vapores para la utilización de los ríos, a la fabricación de ponchos capaces de competir con la promisoriosa artesanía doméstica, desde la posibilidad de sustituir la conocida afición de las tribus indígenas a la chicha, hasta la afición al brandy, ya adoptada por los criollos. Pese a las determinaciones de esta perspectiva, y las aledañas atribuibles a la idea del viaje utilitario, el informe de Caldcleugh dista de ofrecerse como un simple vademécum destinado a la curiosidad del inversor metropolitano. Pasajes enteros del informe sucumben, en efecto, al gusto de la narración, y en estos pasajes la voz del narrador postula la existencia de un sujeto que padece o disfruta la experiencia del viaje, se relaciona con la población nativa, procura distinguir la novedad del paisaje.

La mayor amenidad del texto de Caldcleugh o, si se quiere, el grado de modernidad que lo separa del de Miers, pueden ya provenir, si nos atenemos a las constancias de las citas, de algunas de las modalidades

consagradas por las memorias de viajes de Humboldt. Y el autor del informe no solamente cita en dos oportunidades a Humboldt: se muestra bien familiarizado con la dimensión del prestigio que evocaba la sola mención de su nombre. Antes de llegar a Buenos Aires, en un apartado sugerido por la ventaja de dar cuenta de la situación del Paraguay, Caldcleugh ilustra al lector sobre el carácter sombrío del gobierno del doctor Francia, denunciando la situación de prisionero en que mantenía al científico francés Bonpland. “M. Bonpland –recuerda el informante–, que acompañó a Humboldt a las regiones equinociales del Nuevo Mundo, y que, por sus investigaciones botánicas, acrecentó tan considerablemente el valor de los viajes del gran prusiano...”

Si hay espacios del texto de Caldcleugh en los que se reconoce con mayor nitidez el efecto de lectura producido por los viajes de Humboldt, éstos son previsiblemente aquellos en los que la aventura física acompaña a la aventura intelectual y a la de los sentidos. Las travesías de la pampa y de la cordillera de los Andes son estos espacios privilegiados, y las anotaciones del informante, recuperadas aquí en la versión original de su diario, transmiten una bien dramatizada sensación de la aventura física, con la asechanza permanente de los indios en la llanura y el peligro de los desfiladeros y los derrumbes en la cordillera. La curiosidad intelectual llena de piedras y de vegetales las alforjas del viajero, al tiempo que esa misma curiosidad, ajustada al lente del relativismo cultural, le permite observar y registrar las características y los hábitos de vida de la población gaucha y de los indios.

En este último aspecto, sin embargo, es posible indicar una insuficiente lectura de Humboldt por parte de Caldcleugh, o un recorte parcial de ésta. Porque mientras el autor de *Personal Narrative* destaca las relaciones del individuo y de los grupos humanos, tanto con la cultura como con su entorno natural, el de *Travels in South America* tiende a reducir el rol del entorno físico, para subrayar en cambio el peso de la institucionalización de determinadas prácticas políticas y económicas; la presión negativa de los intereses y las luchas de facciones de los grupos dirigentes criollos. En el caso particular de los indios, el viajero tuvo oportunidad de verificar, durante su travesía de la pampa, que la agitación de ciertas tribus respondía a la manipulación de uno de los hermanos Carrera, desplazado de Chile por San Martín, y que buscaba de esa manera abrir un frente de hostilidades interno.

También esta insuficiencia o este recorte de la lectura de Humboldt puede advertirse en el tratamiento del paisaje, es decir en el modo de expresar los sentimientos de novedad provocados por éste, en el modo de traducir la equivalencia estética de esos sentimientos. Estas observaciones no se aplican enteramente, conviene anticiparlo, a las impresiones que Caldcleugh recogió antes y durante la travesía de los Andes. Porque apenas se acercó a la cordillera, el viajero se sintió sobrecogido por la “espléndida”, por la “sublime” vista que ésta ofrecía, y aunque se consideró incompetente para registrar en su diario las

sensaciones ocasionadas por ese espectáculo único, en diversos momentos del cruce se atrevió a consignarlas.<sup>6</sup>

No se encuentran estas expresiones, sin embargo, en el segmento del diario dedicado a la travesía de la pampa. Ya en la primera entrada del diario, después de la consabida descripción de los preparativos y de las ansiedades de la jornada, Caldcleugh anota: “El viaje no es interesante, sucediendo sobre una llanura con poca vegetación o agua, y con ningún otro límite que el horizonte”.<sup>7</sup> Y más de una semana después, ya en las estribaciones de las sierras de Córdoba, la revelación abrupta: “el aspecto montañoso de la región, después de la tediosa monotonía de diez días sobre la llanura, poseía un indescriptible encanto”.<sup>8</sup>

Si junto con estas expresiones se rememoran las dramáticas y suntuosas expresiones vertidas por Humboldt en su descubrimiento de los llanos de Venezuela, parece difícil aceptar que Caldcleugh tuviera un efectivo conocimiento de los pasajes respectivos de *Personal Narrative*. No, por supuesto, porque ese conocimiento, pasado por el filtro de las preferencias personales, hubiera debido producir una suerte de réplica de imágenes y de juicios de valor, sino porque ese conocimiento tendría que haber producido, en buena hipótesis, alguna suerte de comentario.

## Notas

<sup>1</sup> Un puntual registro de estos viajeros, en Susana Santos Giménez, *Bibliografía de viajeros a la Argentina*, 2 vols., Buenos Aires, FECIC, 1983. Estudios que incluyen una representación parcial de aquéllos: S. Samuel Trífilo, “Nineteenth Century English Travel Book on Argentina. A Revival In Spanish Translation”, en *Hispania*, vol. 41, núm. 4, 1958, pp. 491-496; *La Argentina vista por viajeros ingleses: 1810-1860*, Buenos Aires, Ediciones Gure, 1959; Richard W. Slatta, *Gauchos and the Vanishing Frontier*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1983; Kristine L. Jones, “Nineteenth Century British Travel Accounts of Argentina”, en *Ethnohistory*, 32 (2), 1986, pp. 195-211. También, desde luego, los estudios mencionados en la Introducción, núm. 4.

<sup>2</sup> John Miers, *Travels in Chile and La Plata*, 2 vols., Londres, Baldwin, 1826 (reimp. Nueva York, AMS Press, 1970, p. 13).

<sup>3</sup> Ídem, pp. 86-87.

<sup>4</sup> Ídem, pp. 298-299.

<sup>5</sup> Miers, como muchos de sus contemporáneos en Inglaterra, usaba el término “romántico” como equivalente de “exótico”, “pintoresco”, “extraño”, “maravilloso”. Aplicado al paisaje, el modelo de los Alpes proveía el repertorio completo de calificaciones. Sin embargo, para aquellos lectores familiarizados con los círculos literarios, este modelo competía, o había sido reemplazado por el de la región inglesa de los lagos, cantada desde principios del siglo por Wordsworth y Coleridge, como fuente y paradigma del sentimiento de lo sublime.

<sup>6</sup> Alexander Caldcleugh, *Travels in South America, During the Years 1819-20-21*, 2 vols., Londres, John Murray, 1825, p. 281.

<sup>7</sup> Ídem, p. 240.

<sup>8</sup> Ídem, p. 269.